

Parecen gorriones, pero **no** lo **SON**



Texto y fotos:



Javier Rico

Escolares del colegio María Inmaculada de Carabanchel por el parque Eugenia de Montijo observando lo que parecen gorriones... o no.



Aver Aves cumple, a finales de 2022, diez años desde que un 12 de diciembre de 2012 fuimos con un grupo de escolares del colegio Nuestra Señora de la Almudena a mostrarles las aves del Retiro. Desde entonces, casi nueve mil alumnos, todos de la Comunidad de Madrid, desde infantil a bachillerato pasando por ciclos formativos han descubierto que no todas las aves del tamaño de un gorrión son gorriones ni todas las del tamaño de una paloma son palomas. En este artículo os contamos nuestra iniciativa.

Hace falta mucha educación ambiental en la enseñanza y en *Aver Aves* la impartimos, pero siempre al aire libre, que el libro de texto sea el canto del verdicillo sobre el cedro, el pito ibérico desayunando hormigas en una pradera o el majuelo sacando espinas frente al mirlo glotón.

Cuando en 2012 María Luisa Pinedo y yo creamos *Aver Aves* nuestro principal objetivo fue —y lo sigue siendo— contribuir a que los estudiantes conozcan y cuiden la biodiversidad más cercana a los centros escolares, dentro de una movilidad sostenible, es decir, siempre con desplazamientos a pie entre las zonas verdes alrededor de esos centros. Nuestra experiencia, tras participar durante años en las asociaciones de familias del alumnado y en los consejos escolares de los colegios e institutos en los que estudiaron nuestros hijos, nos transmitía señales alarmantes de

Inicio del primer recorrido por el Retiro de Madrid que realizó *Aver Aves*, con el colegio Nuestra Señora de la Almudena.



que la educación ambiental seguía siendo la gran asignatura pendiente de la enseñanza. Sigue sin ser transversal y sin estar integrada a fondo en la programación escolar.

Veámos que, por ejemplo, en el caso de la fauna, tanto en los libros de texto como en dichas programaciones, se hablaba principalmente de las grandes especies en peligro de extinción y primaban mensajes en torno a ellas. Nada, o muy poquito, sobre conocer la fauna que nos rodea y su interacción con el resto de los seres





Algunas de las observaciones en diferentes parques de la ciudad de Madrid. A la izquierda, un petirrojo, a la derecha un mito.

vivos, incluidas esas personas que leen los libros de texto. Resulta aún más chocante sabiendo que en los últimos años una de las especies en mayor declive es una tan asociada a nuestros entornos directos: el gorrión común. Toda esa carencia es consecuencia de una doble desconexión: la de la escuela con la actualidad de la conservación de la biodiversidad y la de los escolares, y la población en general, con la naturaleza.

En los diez cursos que llevamos creando aulas en los parques con casi nueve mil escolares – además de familias y otros grupos– hemos descubierto cómo perciben y distinguen sonidos

“Nuestra experiencia nos transmitía señales alarmantes de que la educación ambiental seguía siendo la gran asignatura pendiente de la enseñanza”

de motores, sirenas, cortacésped o excavadoras, por muy lejos que estén; pero no los cantos y reclamos de verdillos, golondrinas, verderones, petirrojos o colirrojos que están más cerca. Lo

mismo se puede decir de la variedad de especies de aves que nos encontramos. La recurrente frase “pues yo vengo por aquí con mi familia casi todos los días y no veo tantas aves” ejemplifica esa desconexión.

No conocemos la biodiversidad de nuestros parques

Ya se sabe, lo que no se conoce no se cuida o se descuida, y en nuestro empeño está ayudar a “curar” ese déficit de naturaleza con nuestras actividades. Relacionado con esto, al principio teníamos dos factores limitantes que afortuna-



“Lo más importante de las estadísticas son los casi nueve mil escolares de 59 centros educativos de la Comunidad de Madrid para los que hemos abierto aulas en los parques”

damente hemos acabado superando. El primero era que en los centros escolares el profesorado y las familias no entendían el sentido de ir en busca de las aves al lado del cole, en los parques que, decían, recorría el alumnado a menudo y ya conocían. Realmente no lo conocen. Por otro lado, se veía como una actividad primaveral, “para cuando hace buen tiempo y hay más aves”, nos

decían. Otro error. No existe el mal tiempo, sino cuerpos mal acostumbrados o sobreprotegidos del frío, la lluvia o el viento; y, además, en la ciudad se suelen ver más especies de aves entre el otoño y el invierno.

Insistimos, todo nace de esa desconexión con la naturaleza y lo cercano. A partir de aquí surgen

las sorpresas y el disfrute con los propios gorriónes comunes, por el conocimiento de su declive o por comprobar que hembras y machos son diferentes, por ejemplo. Pero sobre todo, llama la atención la caja de sorpresas y admiración que deparan aves comunes como los mirlos, los pájaros carpinteros (pito ibérico y pico picapinos), las abubillas, los ánades azulones —“anda, ¿pero los patos también vuelan?” comentaba un adulto—, los vencejos y las golondrinas.

En Aver Aves también hemos aprendido mucho de los escolares. Al principio nos obsesionábamos con dar con el mayor número de especies para que vieran la diversidad que existe y desconocen. Sin embargo, nos dábamos cuenta de que, una vez localizado el mirlo común, pararnos tranquilamente a observarlo con detalle a través de prismáticos y telescopios, el asombro se instalaba en el grupo. “Nunca habían visto a este vecino con tanto detalle, mira ese amarillo anaranjado del pico y del anillo ocular y encima se acaba de tragar una lombriz gigantesca”, nos dicen. No hace falta ver tantas especies, sino disfrutar a fondo con las que se nos cruzan.

“Una vez localizado el mirlo común, pararnos tranquilamente a observarlo con detalle a través de los prismáticos o el telescopio, el asombro se instalaba en el grupo”



Aver Aves en los jardines del Museo Nacional de Ciencias Naturales con escolares de la Scuola Italiana Madrid.





Los parques urbanos son refugios para multitud de aves e incluso se pueden observar en zonas completamente urbanizadas. Sobre estas líneas, la actividad realizada con escolares del CEIP El Greco de Villaverde en el parque Butarque.

Un águila real en Lavapiés

En nuestras estadísticas, desde que comenzamos con la primera ruta —el 12 del 12 del 12 en el Retiro— tenemos anotadas 140 especies de aves identificadas, de las que 128 han sido avistadas durante recorridos totalmente urbanos. Por ejemplo, hemos visto avutardas con un instituto de Algete, pájaros moscones, agachadizas y martín pescador en el tramo urbano del río Manzanares con varios grupos así como un águila real sobrevolar el barrio de Lavapiés. Incluso contribuimos a la ciencia ciudadana, y así se lo hacemos saber a los escolares, subiendo todas las listas de aves identificadas con cada grupo —que ellos

“Cada uno de esos doscientos parques y jardines también nos hablan de cultura y, sobre todo, de la trascendental función de socialización que hacen”

también escriben en sus cuadernos de campo— a la plataforma virtual **eBird**, con la intención de ayudar a conocer mejor la evolución de la avifauna urbana madrileña.

Pero lo más importante de las estadísticas son los casi nueve mil escolares de 59 centros educativos de la Comunidad de Madrid para los que hemos abierto aulas en los parques. Casi todos repiten curso a curso y, lo mejor, recibimos continuamente mensajes de madres, padres y profes diciéndonos que algunos de esos escolares se han comprado prismáticos y/o guías y ya pajarean por su cuenta. Igualmente importantes son los doscientos parques y jardines donde hemos abierto

esas aulas, incluido el jardín del Museo Nacional de Ciencias Naturales, en el que estuvimos con alumnos y alumnas de la Scuola Italiana Madrid.

Estas zonas verdes son importantes porque permiten la interacción con la biodiversidad. Árboles, arbustos, hierbas, hongos, líquenes, invertebrados, reptiles, mamíferos, peces... son coprotagonistas en esas aulas en los parques. No nos cansamos de hablar de la importancia de los setos. Los escolares también lo ven, cuando observan cómo un mirlo o un petirrojo corre o vuela enseguida a esconderse en ellos al notar la llegada de un grupo numeroso de personas. Tampoco nos cansamos de hablar bien de las mal llamadas malas hierbas. Lo comprueban viendo a los colirrojos, pinzones, jilgueros, golondrinas y estorninos buscando semillas e insectos entre cardos, malvas, jaramagos, dientes de león y todo tipo de gramíneas.

Pero todos y cada uno de esos doscientos parques y jardines también nos hablan de cultura, de por qué están ahí, de cuándo datan, de qué movimiento vecinal los demandó y luchó para que se construyeran, de qué noble o rey lo heredó y lo transformó, del estilo arquitectónico o paisajista que lo define y, sobre todo, de la trascendental función de socialización que hacen. A los parques se va a pasear, a descansar, a hacer deporte, a que jueguen los peques, a sentarnos a charlar, leer, jugar a las cartas o escuchar música... y desde hace diez años en **Aver Aves** nos empeñamos en que también se vaya a observar a la avifauna y, con este banderín de enganche, el resto de la biodiversidad. En eso estamos y en eso seguimos ■

